

Capítulo X.

I.

Grandes sombras estirándose, como negros fantasmas danzantes, proyectaban las llamas de la estufa sobre la pared y el techo de la habitación oscura. Por un segundo, un brillo luminoso quedó enganchado a una jarra antigua de plata —sobre un aparador esculpido que, semejante a una masa umbrosa, rellenaba un rincón— y a algunos platos y jarros antiguos apoyados en la pared....

Vincent Vere yacía tendido sobre el diván y miraba en derredor con los ojos entornados en medio del parpadeo lumínico que se repetía una y otra vez. Esa extraña tenebrosidad de la estancia, en la que se deslizaba un resplandor rojizo, le hacía olvidar agradablemente la cotidianidad de sus cuartos alquilados en la Spuistraat, donde algún que otro objeto valioso de su propiedad desentonaba con la desgastada mentalidad burguesa del mobiliario. Y púsose a divagar para sus adentros un instante en esa penumbra dantesca....

Los últimos días se sentía muy exhausto y una languidez le paralizaba los miembros; parecíale como si, en lugar de sangre, le corriera agua tibia por las venas; a veces, una niebla semejaba pender sobre su cerebro, incapacitándole de ese modo cualquier pensamiento o recuerdo. Los párpados veteados le caían lánguidos sobre la pálida mirada azul claro; el labio inferior parecía colgarle, como cansado, y se estriaba así en una mueca alrededor de la pequeña boca, otorgándole un vislumbre de intenso sufrimiento. Se había sentido del mismo modo a menudo, pero ahora lo achacaba a la atmósfera de La Haya, que le asfixiaba, y abrigaba el anhelo de mucho espacio y mucho aire, sin comprender cómo había llegado al punto de trasladarse a una ciudad que siempre había ejercido en él tan poco atractivo... Sí, recordaba a través de la neblina de su agotamiento: había anhelado un tiempo de sosiego después de toda su agitada existencia errabunda, pero ahora mismo, a pesar de la fatiga, un cierto nerviosismo le incitaba a lanzarse de nuevo a un torbellino de transformaciones. El reposo y la monotonía le narcotizaban y, no obstante su debilidad, siempre le asaltaba una necesidad de mucho movimiento, mucha acción; un deseo de perspectivas en todo momento cambiantes, de un horizonte que mudaba de continuo. Sin embargo, carecía de toda la energía necesaria para dedicarse con brío a cualquier trabajo, mientras que su volubilidad le impulsaba una y otra vez a una agitada búsqueda de un círculo, un entorno, un empleo en el que se sintiera como en casa y que no encontraba.

Las dos semanas que había pasado ahora en La Haya parecíanle un siglo de aburrimiento. Al día siguiente de haber visto a Betsy y a Eline en la ópera, había ido a tomar café a casa de los Van Raat y le había pedido prestados 500 florines a Henk; esperaba recibir dinero de Bruselas dentro de un par de días, según dijo, y saldaría la deuda con su primo tan pronto como le fuera posible. Henk, que ya le sabía muy olvidadizo en semejantes pagos, no había querido sin embargo negárselo y le había hecho entrega de la suma solicitada, con la que Vincent seguía viviendo de momento en su lasitud apagada, mientras el dinero se le resbalaba un día como agua entre los dedos y al otro intentaba ahorrar unos céntimos con una avaricia casi mezquina, en tanto que las letras de cambio procedentes de Bruselas se hacían esperar.

Del futuro se preocupaba poco; siempre había vivido de un instante al siguiente; había conocido días de esplendor en Esmirna y padecido hambre en París y Londres, pero cualquiera que fuera la circunstancia siempre le había perseguido esa fiebre de cambio en su insatisfacción con el presente; ahora se sentía, de súbito, viviendo de esos 500 florines, tan ocioso que el peso de la apatía a veces casi le hacía olvidar esa lasitud.

Así seguía abismado, con la mirada perdida en la oscuridad, asaeteado por las llamas rojizas que hacían una y otra vez que en los muebles apareciera un relieve fantasmal surgiendo de la calínige. Seguía abismado en un pesimismo desolador.... ¿Por qué no habría de ser él como era? Volvería a necesitar dinero y lo obtendría por el modo que fuera, *quand même*; ¿por qué no? No había ningún bien ni ningún mal en el mundo; todo era como debía ser y la consecuencia de una concatenación de causas y razones; todo tenía derecho a existir; nadie podía cambiar nada de lo que había o habría; nadie poseía un libre albedrío; cada uno era una naturaleza, un temperamento y no podía actuar de otra forma que no fuera conforme a las exigencias de ese temperamento, dominado por el entorno y las circunstancias; ésa era la verdad que las personas buscaban tapar siempre con su idealismo pueril, fastidiando con la virtud y con un puñado de poesía religiosa....

—¡Ay, Dios, qué clase de existencia es la vida! —pensaba llevándose las manos a la cabeza, mientras revolvía con los dedos el rizado cabello castaño claro—. Esta vida al menos, que ahora llevo y que al cabo de un año llegará a matarme o a volverme loco. Mañana es como hoy, nada, nada, monotonía, insipidez....

Y se arrojaba como a un mar de recuerdos y reflexionaba sobre lo que había vivido, y diversos lugares y ciudades surgían en su memoria....

—¡Y, sin embargo, qué esfuerzo para nada! —murmuraba y se le cerraban los ojos, al tiempo que un velo parecía descender de súbito sobre sus evocaciones y un ligero sudor le perlaba

la frente. Zumbábanle los oídos y un espacio indeterminado, algo terriblemente amplio, se extendía al punto ante su mirada clausurada...

Pero esa laxitud, al borde del desfallecimiento, duraba sólo algunos segundos; un profundo suspiro alzábasele entonces apenas desde el pecho....

II.

En ese instante oyó pasos apresurados subir rápidamente por la escalera y una voz alegre intercambiando algunas palabras con la señora de la mercería en la planta baja. Estaba esperando a algunos conocidos esa tarde.

Se abrió la puerta....

—¡Caramba, qué oscuro! Esto parece el infierno, con ese fuego.... ¿Dónde estás, Vere? — gritó Paul Van Raat, deteniéndose junto a la puerta.

Vincent se levantó, acudió a su encuentro y tomó a Paul por los hombros.

—Aquí, viejo amigo, no te asustes.... Espera, encenderé la lámpara.

Buscó cerillas, encendió dos lámparas anticuadas que había sobre la chimenea y parpadeó, cegado por el resplandor. La niebla dantesca que pendía sobre la habitación fue borrada al instante por la luz de petróleo amarilla y siguió quedando como único signo de intimidad la estufa que ardía en plenitud, mientras que el aparador antiguo con la jarra de plata y algunos objetos orientales parecían perdidos entre el viejo mobiliario tapizado de terciopelo rojo de Utrecht, desgastado hasta los hilos, y la porcelana antigua que semejaba estar colgada de la pared con un desacierto aristocrático entre los feos y baratos grabados y cromolitografías.

Era la primera vez que Paul entraba en el alojamiento de Vincent y contempló la jarra y los platos, admirándolos.

—Sí, todavía son bonitos en su género; la jarra gotea, pero el repujado es muy delicado, míralo. Hoy he ido a ver a un viejo judío, un anticuario, para deshacerme de esas cosas. En el fondo es lastre. Va a venir mañana. ¿O acaso los quieres tú? ¡Puedes llevártelos!

—No, mi habitación o mi estudio, como quieras llamarlo, ya está muy lleno.

—Bueno, un par de platos más o menos....

—No, gracias.

—Sí, yo también prefiero entregárselos al judío. Si puedo, le timaré, ¿sabes?, y para timarte a ti soy demasiado honesto, por supuesto.

—Muy agradecido. ¿Y si él es más listo que tú?

—Ay, pues entonces me timará él a mí. Así funcionan las cosas siempre en este mundo, ¿no es cierto? Seguro que ya habrás tomado el té, ¿no?

—Sí... no, gracias, déjalo... pero dime, ¿cuánto tiempo vas a quedarte aquí, en La Haya? — Se habían sentado y Vincent encogióse de hombros y arqueó las cejas. Era algo que desconocía por completo; todavía no había recabado ninguna información acerca del puesto en la empresa de quina en la isla de Java, pero había oído que preferían contratar a un químico, y él no lo era. Así que probablemente desistiría y, además, pensaba que nunca podría llegar a tolerar el clima indonesio. Entre tanto, quedarse en La Haya y buscar algo aquí, ni hablar. La Haya ya estaba empezando a aburrirle, pues era muy provinciana; todo el mundo se conocía, al menos de vista, y por todas partes te encontrabas con las mismas personas, ¡harto aburrido! Todavía no sabía lo que iba a hacer, aunque antes debía esperar el dinero y las cartas de Bruselas. Y terminó preguntándole a Paul si no le podría prestar cien florines para un par de días. Paul creyó que podría, pero no estaba seguro—. En verdad me harías un gran favor. ¿Podrás confirmármelo mañana, por ejemplo? ¿O te parezco indiscreto?

—Oh, no, en absoluto, por supuesto que no. Sí, venga, ya veré, mañana.

—Bueno, te lo agradezco de antemano. ¿Sabes? Esta noche van a venir también los dos Erlevoort y De Woude. Los invité a que se pasaran a tomar una copa de vino —dijo Vincent en un tono distinto.

—Sí, estuve hablando con ellos esta tarde en el Witte —respondió Paul.

Vincent se recostó en el viejo sillón encarnado y la luz de las lámparas arrojó un matiz deslucido a su tez amarillo pálido. Una mueca de enorme fatiga se le grabó alrededor de los labios y a Paul le llamó la atención lo mucho que Vincent se parecía a un retrato de su tío, el padre de Eline, mientras doblaba un brazo bajo la cabeza, en posición yacente, con un gesto que el mismo Paul había advertido con frecuencia en Eline.

III.

Al cabo de algún tiempo, pasadas las nueve, entraron Georges De Woude van Bergh y, por último, Etienne Van Erlevoort, quien transmitió las disculpas de su hermano, que se había visto impedido de asistir. Otto no profesaba ninguna simpatía por Vincent, aunque nunca hubiera tenido la mínima desavenencia con éste; en su propio carácter serio, calmo y varonil, cuyo sano equilibrio nunca se rompía, y en su cordial vigor no podía profesar amistad hacia alguien que, en su opinión, se abandonaba por completo a un nerviosismo enfermizo, sin emplear nunca un atisbo de fortaleza de espíritu para sobreponerse a ese nerviosismo. Otto era uno de los pocos a los que Vincent no era capaz de engatusar; casi todo el mundo percibía en su trato algo repulsivo pero que, además, a la postre era muy atrayente; algo semejante a un dulce veneno con el que se debía entablar antes conocimiento, como un aturdimiento de opio. Gracias a sus continuos viajes, Vincent era buen conocedor de la naturaleza humana, o mejor, había adquirido mucho tacto para tratar con toda clase de gente y podía, si quería, adoptar la apariencia de cualquier carácter con la misma facilidad con que una serpiente se enrosca flexiblemente, conformando múltiples aros, o un buen actor interpreta varios papeles. Pero Otto, con un inconsciente orgullo de su sano vigor, recto y honrado, despreciaba a Vincent por el encanto venenoso que conseguía hacer emanar de sí y por el que la otra persona se dejaba seducir.

Un humo azulado flotó pronto cual nube por la habitación, puesto que Vincent les había ofrecido unos cigarros puros; él era el único que no fumaba. Había sacado de un armario un par de botellas de St. Emilion, las descorchó y depositó cuatro copas de vino sobre la mesa. Etienne, escandaloso como siempre, se puso a contar en un dialecto juvenil muy picante un sinnúmero de anécdotas e historias, con unos gestos y una mímica que le conferían algo de un cómico de aspecto caballeroso en un *café-chantant*. Paul y Georges reían, Vincent se encogía empero de hombros con una sonrisa de hastío y, mientras servía el vino, murmuró despectivo con su voz ligera:

—¡Qué crío estás hecho, Eti, Eti!

Etienne no se cuidó del comentario y continuó, sin desplegar ya en absoluto velo alguno sobre su estilo y sus comentarios, y los otros le escuchaban mientras disfrutaban del buqué del vino. Vincent, en cambio, seguía tomándole el pelo.

—Qué muchacho tan travieso está hecho este pequeño Erlevoort para atreverse a contar semejantes historias, ¿eh? ¡Qué malandrín! —dijo, y la burlona sonrisa que le rondaba los labios tenía algo tan estimulante y encantador que Etienne seguía todavía sin caer en el desánimo.

Vincent volvió a servir y Georges elogió el vino. Entre los jóvenes era poco hablador y se divertía con un disfrute silencioso, puesto que sólo ante las damas se tomaba la molestia de hacer

rebosar toda la espuma resplandeciente de su conversación. Vincent le preguntó unas cuantas cosas acerca de su círculo laboral en Asuntos Exteriores, mientras Etienne le hacía serias advertencias a Paul, que le miraba incrédulo.

—Y luego seguramente te destinarán a cualquier lugar, ¿no es cierto? —preguntó Vincent.

—Puede que sea así —respondió Georges.

—Al menos es un empleo que te permite llegar a ver unas cuantas cosas, pero no entra en mi entendimiento que alguien quiera pasarse toda su vida en una oficina. Yo me moriría antes de tiempo. Ahí tenéis a Erlevoort; me refiero a tu hermano, Eti...

—Bueno, deja a Otto en paz —dijo Paul—. Se está procurando una carrera fabulosa, ya lo verás...

—¿Sabes?, Otto ha nacido para ser ministro o gobernador general... al menos es lo que siempre afirma la anciana. ¡Yo sólo soy el paria de la familia! —exclamó Etienne.

—Sí, el niño mimado, ¿eh? —rio Vincent—. ¿Cómo vas con tus estudios?

—Yo, bueno, tengo que hacer el examen previo a la licenciatura, pero no aisto a ninguna clase; estoy estudiando aquí, en La Haya.

—¿Te resulta tan placentero estar aquí, en vuestra querida «La Haya»? —preguntó Vincent con un tono de desprecio hacia este topónimo.

—Sí, está bastante bien...

—¡Pero cómo es posible, en nombre de Dios! Vosotros os contentáis con poquísimo o, mejor dicho, en realidad no tenéis ni idea de lo que hay en el mundo. La Haya me da sueño y me atonta, aquí pende algo de amodorramiento en el ambiente...

—Vamos, eso será por tu culpa —rio Paul.

—Es posible y, seguramente, también sea culpa mía el que encuentre embotadora una vida como la que lleváis la mayoría de vosotros. ¡Qué es lo que hacéis, en realidad! Vais por ahí deambulando siempre en un círculo muy pequeño, como un caballo que tira de un tranvía en la atracción de una feria. En vuestros empleos, si es que los tenéis, siempre andáis con las mismas pequeñas faenas y luego las mismas diversiones. ¡Es insípido, por Dios!

—Pero ¿qué es lo que quieres que hagamos entonces? —preguntó Georges.

—Dios mío, por lo que a mí respecta, podéis seguir llevando esta existencia vegetativa, pero lo que no entiendo es que ni siquiera deseéis salir alguna vez para ver mundo...

—Y tú, tú que ahora ya has visto el mundo, como lo llamas, ¿no es cierto?... ¿qué has sacado de todo eso....? ¡Has tenido doce oficios y trece desgracias y, de momento, no es que hayas llegado tampoco muy lejos! —exclamó Paul, un poco disgustado por el desprecio con que Vincent le juzgaba.

Resplandeció por un instante, tras su binóculo, un acre destello de la mirada azul apagada de Vincent, mientras los finos labios se le cerraban en una sonrisa.

—¡Y con tu filosofía estás desatendiendo tus obligaciones como anfitrión! —exclamó Etienne, dando golpecitos en su copa vacía.

—Ay, es posible que sea de temperamento un poco más inquieto que vosotros; ¡eso será toda la *chose*! —dijo Vincent languideciendo; volvió a llenar las copas una vez más y se dejó caer desanimado sobre el sillón junto a Georges, mientras sus ojos vagaban ahora fatigados por la estancia.

IV.

La intensidad del calor había aumentado mucho y el humo de los cigarros, como una niebla tangible, parecía colgar del techo. Vincent abrió la puerta. Etienne, que tenía poco aguante con el vino, estaba muy enardecido, le habían salido círculos rojos bajo los ojos y había roto su copa. George y Paul seguían divirtiéndose con sus chistes. Vincent, sin embargo, continuaba escuchándole con una leve sonrisa.

Y en él se produjo una rara extrañeza, la extrañeza de percatarse de que una persona siempre era ella misma, siempre su propia individualidad, sin poder confundirse nunca en la personalidad de otro. Más de una vez, sin el menor motivo, surgía esa extrañeza en él en medio de la alegría de los demás y le insuflaba un gran tedio ante la sola idea del destino irrevocable de que él siempre era y sería Vincent Vere, que jamás podría llegar a reencarnarse en una criatura totalmente distinta que respirara en circunstancias totalmente distintas en un círculo totalmente distinto. A él le hubiera gustado haber experimentado diferentes vidas espirituales, haber existido en diferentes siglos, buscando su felicidad en metamorfosis siempre cambiantes. Y ese deseo le parecía a la vez tan

infantil, por su ridícula imposibilidad, como sublime, por la grandiosa inalcanzabilidad que lo envolvía, y creía que nadie más que él abrigaba semejante deseo y se sentía situado muy alto, por encima de las demás personas... En esa divagación, era como si los otros tres estuvieran muy lejos de él, como si la niebla del humo los hubiera apartado de él... Una sensación de ligereza le pasó de pronto flotando por la mente; tuvo la sensación de que veía cada objeto con colores más claros, oía resonar en sus oídos las risas y la charla de sus compañeros con mayor intensidad, como sobre una lámina de metal, y percibía con mayor nitidez el olor del tabaco, mezclado con un aroma de vino derramado, mientras le latían la venas de las sienes y de las muñecas como si estuvieran a punto de estallar...

Esa excitación nerviosa le duró algunos segundos; luego, vio a los jóvenes que le miraban riendo y, aunque no había escuchado nada de lo que hablaban, rio con ellos quedamente para hacerles creer que participaba de su jocosidad.

—¡Oye, Vere, el calor se está volviendo sofocante aquí, me duelen los ojos del humo! — dijo Georges—, ¿no podríamos abrir un poco la ventana?

Vincent asintió con la cabeza y cerró la puerta mientras Paul, que estaba sentado junto a la ventana, la abrió deslizando una hoja hacia arriba. El frescor irrumpió al instante. La calle estaba tranquila y sólo, muy de vez en cuando, se oía pasar un par de voces junto a un sonido acompasado de pasos, o cantar a pleno pulmón una canción callejera en la que se emitían chillidos a través de la calma imperante afuera.

El aire frío hizo que Vincent volviera completamente en sí y sus excéntricos anhelos desaparecieron, ahora que se le habían calmado los sentidos. En cambio, en este momento envidiaba a los otros tres esa misma vida vegetativa física y moral que poco antes había despreciado en ellos; de Paul envidiaba su buena salud vigorosa, sólo un poco rebatida por algún impulso artístico carente de energía; de Georges, sus calmas ecuanimidad y satisfacción; de Etienne, su cándida juventud... ¿Por qué no era él como ellos, sano, feliz y joven, por qué no disfrutaba de la vida tal como se presentaba y estaba siempre buscando algo que ni él mismo hubiera podido describir?

Era cerca de la una cuando los tres jóvenes se levantaron y Paul sostuvo que debían llevar a Etienne a casa, puesto que había pasado de su primer enardecimiento a una triste melancolía y empezaba a hablar de suicidio.

—Oye, Eti, te habrás traído la llave, ¿no? —le preguntó.

—¿La llave? —preguntó Etienne a su vez con los ojos y la voz apagados—. ¿La llave? —

repitió pensativo—. Sí, está en mi bolsillo, sí... una llave... en mi bolsillo... Aquí...

—¡Vale, pues venga, vámonos entonces! —espoleó Georges.

Etienne se acercó a Vincent y le agarró por los brazos, mientras los otros escuchaban alegremente.

—Vere, adiós, gracias por la hospi... hospitalidad. Yo siempre te he querido, Vere, eres un tipo estupendo, oye, Vere. Siento de veras mucha, muchísima simpatía por ti. Esta misma tarde lo decía en... en el Witte; Paul puede atestiguarlo; he dicho, Vere, que tenías un corazón de oro. No te valoran, Vere, pero...

—¡Venga, vamos! —exclamaron Paul y Georges, impacientes, cogiéndole del brazo—, ¡calla ya!

—No, no, dejadme decir lo que... lo que tengo en la punta de la lengua; no te valoran, Vere, pero no te preocupes, muchachote; a mí también me pasa lo mismo en la vida, tampoco me valoran. Es triste, triste, pero es así; adiós, Vere, ahora, que duermas bien, Vere.

Vincent le acompañó hasta la puerta de abajo con un candelabro y Etienne, entre Georges y Paul, cogió a ambos del brazo en la calle.

—Vere, ahora no seas imprudente. No cojas frío, así en la puerta, y no tengas cuidado: no te valoran, pero yo te defenderé...

Vincent les hizo un gesto a Paul y a Georges con la cabeza, sonriendo, para después cerrar la puerta de la tienda oscura.

—¡Un tipo divertidísimo, este Vere! —balbució Etienne.